LOS HORRORES DE
POLONIA

DOCUMENTOS RECOPILADOS, ORDENADOS Y PUBLICADOS POR ORDEN DEL MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES DEL REICH

SELECCIÓN DE LA SEGUNDA EDICIÓN AMPLIADA

INTRODUCCIÓN

Aun sin haber sido nunca una potencia, Polonia ejerció influencia decisiva sobre Europa, y a la vez sobre el mundo, en los dos decenios de 1919 a 1939. Durante ese período figuraron como jefes del pueblo polaco el mariscal José Clemente Pilsudski y luego su sucesor, el coronel José Beck.

En 1908 el entonces oficial Pilsudski formó una Compañía de Tiradores para luchar contra Rusia, por la libertad de territorio polaco, pero fracasó. Seis años después, al estallar la Primera Guerra Mundial, Pilsudski fue jefe de la Primera Brigada de Legionarios Polacos, creada por el Ejército alemán para combatir contra Rusia. Al ser vencida ésta, Pilsudski ascendió a general y Ministro de Guerra, en 1918.

Ya como mariscal, se erigió en jefe de Estado con poderes dictatoriales.

Entretanto, en Rusia se consolidaba el bolchevismo y se proclamaba la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas (URSS). Como dictador absoluto se erigió Vladimir Ilich Ulianov, conocido como Lenin, quien le imprimió al comunismo un violento frenesí de expansión.

Lenin ordenó en 1920 atacar a Polonia. Sobre su cadáver, decía, el comunismo avanzaría rápidamente a través de Alemania, donde habían ocurrido numerosos motines comunistas en Berlín y otras ciudades. En la importante región alemana de Baviera ya existía un Gabinete marxista.

Los generales soviéticos Tukhachevski y Budienny atacaron a los polacos con un total de 200,000 soldados.

Pilsudski sólo disponía de 120,000 hombres, pero presentó fuerte resistencia, aunque luego se vio forzado a ir cediendo terreno en un amplio frente de 325 kilómetros.

La situación de los polacos se volvía cada vez más comprometida. Entonces Inglaterra envió al Lord D'Abernon a la capital polaca (Varsovia), seguido por el general francés Weygand. Ambos le aconsejaron a Pilsudski que aceptara las condiciones de los soviéticos, a lo cual Pilsudski les contestó que no necesitaba consejos, sino granadas.

Los soviéticos atacaban en forma de pinzas. Una encabezada por el general Tukhachevski y otra por el general Budienny. El jefe polaco detectó que los ejércitos de Tukhachevski se habían alejado considerablemente de sus bases y decidió un ataque de envolvimiento que le fue dando resultado. "Me parecía esto un sueño", decía Pilsudski. Y el sueño se volvió realidad. Derrotado Tukhachevski, luego fueron rebasados los efectivos de Budienny.

Derrotados, los soviéticos perdieron 66,000 prisioneros, 231 cañones, 1,023 ametralladoras y 10,000 vehículos, además de miles de muertos y heridos.

De no haber sido derrotados los soviéticos, efectivamente habrían conquistado a Alemania, donde tenían muchos partidarios entre los obreros, engañados con la idea de que el marxismo era realmente la "reivindicación del proletariado". Debido a esa falsa idea habían declarado paros y huelgas en las fábricas de armas, cosa que fue definitiva para que Alemania perdiera en 1918 la Primera Guerra Mundial.

EN DOS OCASIONES EUROPA FUE SALVADA DEL BOLCHEVISMO

El historiador inglés general J. E. C. Fuller, dice textualmente:

"La influencia que esta decisiva batalla ejerció sobre la historia, fue plenamente apreciada por Tukhachevski, quien la perdió, y por Lord D'Abernon, que asistió a la misma. **Sin embargo, aunque parezca extraño, su importancia dejó casi de ser tenida en cuenta por la Europa Occidental, y desde entonces, se le ha prestado muy escasa atención**. Poco después de su derrota, Tukhachevski escribía: 'En los países europeos el capitalismo se tambaleaba, los trabajadores

levantaban la cabeza y corrían a las armas. No existe la menor duda que de haber resultado victoriosos en Polonia, la Revolución marxista hubiera prendido a todo el Continente europeo.'

Añade el general Fuller: "**Por el contrario, igual que un torrente incontenible, se habría precipitado sobre la Europa occidental**. El Ejército Rojo nunca olvidará este experimento de las revoluciones exportadas.

"En un artículo publicado en la Gazeta Polska, del 17 de agosto de 1930, Lord D'Abernon expone su parecer de la siguiente forma: '**La historia de la Civilización contemporánea no conoce acontecimiento de mayor importancia que la batalla de Varsovia de 1920, ni existe otra cuyo significado sea menos apreciado. El peligro que amenazaba a Europa quedó destruido; pero todo el episodio se olvidó. Si la batalla hubiera constituido una victoria bolchevique, la historia de Europa habría efectuado un brusco giro, porque no hay duda de que toda la Europa central hubiera quedado abierta a la influencia de la propaganda comunista y a una invasión soviética que dificilmente habría podido resistir. Los acontecimientos de 1920 merecen también atención por otro motivo. Si se consiguió la victoria, fue sobre todo gracias al genio estratégico de un hombre, Pilsudsky, y haber sabido realizar una peligrosa maniobra para la que no sólo hacía falta genio, sino también heroismo...** Debería ser tarea de los escritores políticos explicar a la opinión europea que Polonia salvó a Europa en 1920, encabezada por Pilsudski. [1]

También la historia ha olvidado, evidentemente en forma deliberada, **que Hitler salvó a Europa (1941-1945) de haber sido doblegada por las hordas de los ejércitos soviéticos**.

---

(1) Batallas Decisivas del Mundo Occidental. Gral. J.E.C. Fuller. Tomo III, págs. 385 a 409. Cultura Histórica, 1964. Caralt.

En 1934, un año después de llegar Hitler al poder, empezó a tratar con el Mariscal Pilsudski un problema pendiente desde la terminación de la Primera Guerra Mundial (1918) y el consiguiente Tratado de Paz de Versalles. Resulta que las potencias aliadas le habían cercenado a Alemania varios territorios que le fueron anexados a Polonia.

Entre esos territorios figuraba el llamado "Corredor Polaco", que era una faja de suelo alemán para darle a Polonia una salida al mar. Dicha faja ocasionaba que la vasta provincia alemana de Prusia quedara separada del resto del país.

En las negociaciones con Pilsudski, Hitler dijo que reconocía la necesidad de que Polonia tuviera salida al mar, y por tanto no reclamaba el antiguo suelo alemán del "Corredor", pero que a su vez Alemania tenía necesidad de comunicar su provincia de Prusia con el resto de Alemania, para lo cual pedía que se le autorizara, construir un ferrocarril y una carretera, a través del "Corredor Polaco".

Pilsudski admitió que eran dos necesidades, equivalentes, en beneficio de Polonia y de Alemania, y **el 26 de enero de 1934 se firmó un Acuerdo Germano-Polaco en ese sentido**. Entraría en vigor poco después, en cuanto Pilsudski —según dijo— lograra que los "mass media" de su país cesaran la violenta agitación antialemana que venían ejerciendo. [1]

Europa respiró cuando ese 26 de enero de 1934 la noticia del Pacto dio la vuelta al mundo. La actitud de Hitler y el sentido político de la realidad del Mariscal Pilsudski se habían unido en el anhelo de iniciar una nueva fase de las relaciones políticas germano-polacas. Todos aquellos que apreciaban en la latente tensión polaco-alemana un peligro inminente para la paz europea reconocieron que la disposición de ambos estadistas a una colaboración iba en interés del apaciguamiento general en Europa.

---

(1) Prensa y Radio se hallaban en manos de accionistas judíos. Por cierto, las "minorías" judías en Polonia ascendian a 3.2 millones, en una población total de 34 millones de habitantes. (Jewish History Atlas, Londres, 1969).

PERO PILSUDSKI MURIÓ (1935) Y TODO EMPEZÓ A CAMBIAR

Con motivo de la inesperada muerte de Pilsudski circularon rumores de un posible gradual envenenamiento, pero no pudo confirmarse nada debido a que no hubo autopsia.

A Pilsudski lo reemplazó su secretario de Relaciones Exteriores, coronel José Beck, quien gradualmente fue demostrando que no estaba conforme en poner en vigor el Pacto Germano-Polaco firmado por su antiguo jefe, aunque de momento no lo decía claramente y sólo lo iba soslayando.

En 1938, aprovechando la fragmentación de Checoslovaquia —país inventado por las potencias occidentales en 1918— y la incorporación de los alemanes de los Sudetes a Alemania, el dictador Beck se anexó el distrito fronterizo de Teschen, alegando que la mayoría de sus 240,000 habitantes eran polacos. Hitler pudo haber puesto eso a discusión, como una forma de presionar a Beck, pero no lo hizo. Prácticamente fue un rasgo de amistad.

Sin embargo, las relaciones de Alemania y Polonia no mejoraban. Por el contrario, los "mass media" de Polonia promovían mayor hostilidad hacia Alemania. En territorios antiguamente alemanes de Posen, Prusia Occidental, Silesia y Bromberg, habitaban minorías de alemanes entre la población polaca, y en julio y agosto de 1939 fueron crecientemente hostilizadas e incluso torturadas y asesinadas. El Pacto germano polaco de amistad firmado con Pilsudski en 1934 estaba totalmente roto.

Hitler hizo presión sobre Beck y éste envió un ministro a Berlín para tratar el problema, pero no llavaba facultades para llegar a ningún acuerdo. Entretanto, Beck concentraba tropas en su frontera con Alemania y los "mass media" hablaban de que, en caso de guerra, los polacos tomarían Berlín en ocho días porque los generales alemanes derrocarían a Hitler.

Años antes Inglaterra y Francia le habían pedido a Pilsudski que accediera a las exigencias soviéticas, pero en 1939 no le pidieron a Beck que respetara el Pacto Germano-Polaco. ¡Querían guerra!

Hitler ordenó atacar a Polonia el 30 de agosto, pero lo pospuso para el primero de septiembre en espera de una última gestión, a la cual Beck contestó: "Polonia no tiene nada que negociar sobre el Corredor ni sobre nada."

Así, pues, empezó la guerra germano-polaca y tres días después Inglaterra y Francia le declararon la guerra a Alemania, con lo cual se iniciaba la Segunda Guerra Mundial.

El Ejército polaco fue derrotado en 15 días. El dictador Beck se negó a declarar a Varsovia como ciudad abierta y la convirtió en "fortaleza de combate", en tanto que él se ponía a salvo huyendo al extranjero. Los combates duraron una semana más hasta que cayó Varsovia.

Era tanto el odio a los alemanes que 250,000 soldados polacos prefirieron entregarse a los soviéticos, quienes además se llevaron a millón y medio de polacos. A los soldados les concedieron la ciudadanía soviética y los encuadraron en el Ejército Rojo, en tanto que a los oficiales y profesionales (más de 22,000) los mataron de un tiro en la nuca y los sepultaron en los bosques de Katyn, "**por ser inasimilables**." [1]

Tan sólo en Europa (sin contar con la guerra en el Pacífico), murieron más de veinte millones de seres humanos, entre soldados y civiles.

¿Todo eso por la bagatela de unos cuantos kilómetros de carretera y ferrocarril a través del Corredor polaco? ¿Todo por un capricho de Beck y por el odio demoniaco que los "mass media" cultivaron en Polonia?

---

(1) El Crimen de Katyn. Documentos del General polaco Wadyslaw Anders.

Conforme las tropas alemanas iban penetrando en suelo polaco, fueron encontrando cadáveres de hombres, mujeres y niños (de las minorías alemanas) torturados y asesinados por un populacho enardecido, con apoyo de soldados y oficiales polacos.

Alemania pidió a la Cruz Roja y a las agencias internacionales de noticias (United Press y Associaton Press), que enviaran observadores a constatar tales crímenes. Muy poco de esto se divulgó en la prensa; si acaso, pequeñas notas que no daban idea de lo ocurrido.

Por eso el Ministerio de Relaciones Exteriores del Reich publicó un libro que empieza diciendo:

> "Más de 58,000 muertos y desaparecidos hasta ahora ha perdido la minoría alemana en Polonia, cifra tremenda con que el terror polaco ha gravado para siempre en la Historia a ese pueblo. El día en que se publicó la primera edición de esta colección de documentos (17 de noviembre de 1939) estaban plenamente comprobados 5,437 asesinatos perpetrados por soldados polacos y por la población civil en las personas de hombres, mujeres y niños de la minoría alemana en Polonia. Ya entonces se sabía que la cifra de los asesinatos aumentaría considerablemente. En efecto, desde entonces el número de cadáveres identificados de alemanes de la minoría aumentó hasta el 1º de febrero de 1940 a 12,857. A esto hay que añadir, según las comprobaciones oficiales, más de 45,000 personas desaparecidas desde que estalló la guerra germano-polaca y que por falta de toda huella hay que suponer que también han sido asesinadas."

Los Tribunales especiales de Bromberg y Posen son Tribunales de jurisdicción ordinaria, cuyas sentencias han sido dictadas de acuerdo con las leyes alemanas comunes y la Jurisprudencia del Tribunal Supremo del Reich y que han actuado de conformidad con los principios del procedimiento criminal alemán. De las actas de estos Tribunales especiales se han utilizado hasta el 15 de noviembre de 1939, tanto las sentencias firmes como las declaraciones testificales

hechas bajo juramento por individuos de origen alemán e incluso por súbditos polacos.

En el material protocolario están incluídos informes testificales de algunos de los individuos de origen alemán encarcelados, maltratados o secuestrados, así como fotografías de numerosos horrores infligidos a los alemanes por soldados y paisanos polacos (asesinatos, mutilaciones, exacciones violentas). Las fotografías son reproducción exacta de las que se tomaron de las víctimas de apaleamientos, fusilamientos o mutilaciones en el lugar del hecho o del hallazgo; las fotografías cuyo origen no estuviese indudablemente comprobado no han sido incluidas en la colección.

Debido al cúmulo de material sobre las crueldades, no pueden reproducirse íntegros todos los casos probados en el sumario.

Tampoco abarca esta recopilación los innumerables actos de crueldad cometidos contra miembros de la minoría alemana antes de la ruptura de hostilidades.

CAPÍTULO I

EL TERROR POLACO ORGANIZADO

Durante los 2 años de tiranía polaca, los alemanes de Polonia estaban habituados al sufrimiento y la indigencia; contaban con que cada nuevo empeoramiento de las relaciones germano-polacas haría más agobiante y más peligrosa su situación, en vista de su completo desamparo legal y su abandono. En las semanas inmediatamente anteriores a la iniciación de la guerra se hallaban bajo tal presión y estaban, además, tan constantemente vigilados en su vida privada por los polacos, que presentían claramente los peligros del oculto o encubierto trabajo polaco de agitación. Pero ni los más pesimistas podían calcular que las amenazas, asaltos y violencias habituales en el país llegasen a asesinatos en masa de hombres, mujeres y niños y que estos crímenes alcanzasen la enorme cifra de más de 58.000. Se percibía el odio insondable con que la Prensa, la Radio y la propaganda desde el púlpito, hostiles al Reich, excitaban a Polonia por todos los medios contra todo lo alemán; se tenían diarias pruebas de la actitud desfavorable a toda inteligencia leal de los dominadores de Varsovia, que llegaba, en las autoridades subalternas, a un candente fanatismo contra los alemanes, generalmente considerados como espías y enemigos del Estado; se sabía que los miembros de la Asociación del Oeste, los insurrectos y los "tiradores" perseguían siniestros fines y que la organización de la juventud polaca, y los exploradores en primer término, eran instruidos en cursos metódicos, bajo dirección militar, en el uso de las armas; se leían los exabruptos de odio nacional de la Prensa polaca y se oían las excesivas provocaciones de los agitadores públicos; se sentía cómo, de semana en semana, se generalizaba el ambiente emponzoñado que se adueñaba cada vez con más intensidad del pueblo polaco, tanto que también circunspectos elementos del mismo eran arrastrados por la vorágine que absorbía todas las ideas razonables y los sentimientos morales con respecto a los perseguidos y torturados alemanes: era una psicosis política

que hacía sentirse a cada desenfrenado polaco capaz de cualquier acción, incluso del hecho más cruel, con respecto a los alemanes.

En los últimos días de agosto de 1939, los alemanes eran abiertamente amenazados en las aldeas con "degollarlos"[1], y, en las ciudades, el boicot, el terror y el inminente riesgo de la vida para ellos habían aumentado de tal manera por la insensata instigación tolerada y alentada por el Gobierno de Varsovia que la explosión de la saña y la pasión nacionalista acumuladas en los polacos contra el elemento alemán apareció cuando el fatal desenlace provocado por las autoridades polacas hizo intolerable la tensión entre el Reich y Polonia. Pero ello, cuando, el 1 de septiembre, el avance de las tropas alemanas en Polonia inició la impetuosa y arrolladora defensa contra las provocaciones y abusos polacos, que habían llegado a descaradas irrupciones de la soldadesca en territorio alemán, cayeron con las fugitivas autoridades polacas y los cuerpos de Ejército, los últimos pilares del orden estatal y descargó una inaudita borrasca de atroces matanzas sobre los hombres y mujeres alemanes, conscientes de su impotencia pero no desalentados, ante la fe en su próxima liberación nacional. Cierto que algunos pudieron ponerse en seguridad huyendo por la frontera del Reich y hacia Danzig, después de que los polacos habían repetido siempre que en caso de guerra serían asesinados todos los alemanes e incendiadas todas sus granjas, pero muchos de ellos permanecieron en sus posesiones de la ciudad o del campo, en parte heredadas desde siglos, o bien ganadas, porque no querían creer en la ejecución de las amenazas de asesinato. Y la explicación de que todas las clases sociales de Polonia participaran en los excesos contra los alemanes y que tampoco aquella parte de la población polaca que durante muchos años había armonizado sin discordia con sus vecinos alemanes del agro o de la urbe apenas moviese ahora una mano para proteger al elemento alemán de la brutal violencia de la calle; de que polacos que no tenían el menor motivo para volverse contra éstos o aquellos alemanes, conocidos o no, participasen de improviso en este horror inconcebible, esa explicación es la siguiente: ¡La acción contra los alemanes fue sistemáticamente preparada; estaba ordenada! Debe preguntarse si en esta tan católica Polonia no debieron crearse movimientos

---

(1) Asesinato de Sieg (Sd./s. Bromberg 819/39).

religiosos cristianos y frenos morales y disciplinarios; nada de esto. Por el contrario, los asesinatos en masa de párrocos protestantes, la demolición de parroquias evangélicas y las exacciones violentas contra las iglesias evangélicas demuestran que la antigua ecuación protestante-alemana y católico-polaca, utilizada siempre de buen grado por la propaganda polaca, ha aprovechado el factor confesional precisamente como instrumento de la acción criminal. En muchas ocasiones, bastaba responder afirmativamente a la pregunta de si se era alemán y evangélico para determinar el arresto. Por lo demás, el motivo primero era ya el hecho de pertenecer al elemento alemán, pues también los alemanes católicos fueron perseguidos y asesinados, y aún sacerdotes católicos fueron maltratados y arrastrados del hogar por haberse dado a conocer como pertenecientes al elemento alemán. También la inculpación de que un alemán enviaba su hijo a la escuela alemana y «no hubiese aprendido el polaco en 20 años de dominación polaca» bastaba para asesinarlo. Fue respetado quien dominaba el idioma polaco o podía entenderse con él o hasta pasaba por polaco: otra prueba más de que se intentaba únicamente atentar contra las vidas y haciendas alemanas. Esto estaba también comprobado porque las hordas, cuando registraban casas, desvanes y sótanos, en compañía de soldados polacos o por propia iniciativa, perseguían siempre sólo a los alemanes y los arrojaban a la calle; si no había presente ningún alemán, abandonaban el local sin haber tocado ni un cabello de los polacos que en él se hallaban. Sin consideración a edades, profesiones, posición social, religión ni sexo, los alemanes fueron asesinados a discreción; ninguna clase social escapó a los malos tratos; campesinos ni propietarios, profesores ni sacerdotes, médicos ni comerciantes, obreros ni dueños de fábricas. Estas víctimas no fueron fusiladas acaso sumariamente —nunca había una justificación legal de las mantazas de alemanes— sino muertas a tiros sin motivo, torturadas hasta morir, golpeadas y acuchilladas y, en su mayor parte, además, bestialmente mutiladas; eran asesinatos deliberados, cometidos en su mayor parte por soldados, policías y gendarmes polacos, pero también por paisanos, estudiantes y aprendices armados; P. W., O. N., "irregulares" uniformados, miembros de la Asociación del Oeste, "tiradores", ferroviarios y presidiarios excarcelados participaron en ello en abigarrado populacho. Se procedía por doquier según un método preciso que permitía deducir una acción criminal única y con una dirección central. Pero que esta acción criminal desembocase en tan

exorbitantes casos de horror particulares o en masa, se basa en la mentalidad del polaco, en su excesiva disposición y propensión a la tortura y a la crueldad. Al proverbial arrojo de los polacos corresponden su proverbial perfidia y falsedad; innumerables asesinos polacos se nos presentan como criaturas hipócritas y ávidas de sangre y las denuncias y traiciones son expresión del carácter nacional, de cuyos elementos se deduce la brutalidad de sentimientos y la afición al crimen del populacho polaco. Además de esto, recordando los asesinatos cometidos por los "irregulares" polacos en 1920/21, en la Alta Silesia, se reconoce en todo lo ocurrido en Bromberg, Posen y Pless, en 1939, la nueva edición de aquellas atrocidades de las que ya, entonces, se apartó el mundo civilizado con horror.

La caza de alemanes, en ciudades y aldeas, se desarrollaba poco más o menos con arreglo a este sistema: de acuerdo con el llamamiento radiado número 59 —una consigna que debió ser convenida con las autoridades regionales— reiteradamente repetido por el Gobierno de Varsovia el 1° de septiembre, con cortos intervalos, los Voivodas dieron a las Comisarías de policía la indicación de poner en práctica sin pérdida de tiempo las órdenes de detención contra los alemanes, que ya estaban preparadas, con números correlativos. Estas órdenes no comprendían a los que se habían instalado en su nueva residencia en las últimas semanas, lo que constituía una prueba de que las órdenes estaban preparadas con mucha antelación. A base de estos mandatos de detención, sin indicación de motivos, los alemanes fueron conducidos en el más breve plazo a los puestos de policía, donde, unas veces con interrogatorio, en el que se intentó arrancarles la confesión de que habían ejercido actividad hostil al Estado o espionaje, y otras veces sin él, eran arrojados a la prisión o en apariencia, nuevamente enviados a sus casas. Muchas veces fueron desposeídos de sus papeles en el puesto de policía y puestos en libertad sin ellos, con la indicación de que los recogieron más tarde; un "nunca", porque ya no llegaron a esta diligencia o ya no volvían más de ella. ¡Eran asesinados mientras tanto! Durante el trayecto o en la comisaría y en las celdas de la prisión, fueron duramente maltratados, golpeados a patadas y culatazos, escupidos y groseramente insultados. Quien no estaba incluido en la orden de arresto, detenido y evacuado fue arrancado de su casa por soldados, policías y paisanos armados provistos de listas exactas y acaudillados muchas veces por desacreditados y desalmados elementos antialemanes, que mataban a golpes o a tiros

a los alemanes de quienes se trataba. A la pregunta de por qué la persecución, por qué la detención, se respondía con el tiro en la nuca, el culatazo o el bayonetazo. De ordinario, las detenciones violentas y sevicias, iban unidas a registros domiciliarios en busca de armas, emisoras secretas, aparatos de radio y escritos sospechosos. Ningún alemán poseía armas, pues las circunstancias lo impedían desde hacía mucho tiempo. Pero bastaba el hallazgo de una pistola encendedor o de juguete para justificar un asesinato. Ocurría también a veces el hallazgo de un arma que, en realidad, había sido escondida previamente allí por parte polaca o que, durante la búsqueda de munición oculta, fuese rápida y subrepticiamente depositado en el armario un cartucho que se debía presentar después como pieza de convicción, o que se recogiese a un alemán el libro de notas y, clandestinamente, se inscribiesen en él anotaciones comprometedoras para que después fuese declarado corpus delicti. Tenemos el caso en que soldados polacos de Infantería afirmaron haber hallado una granada de mano en una casa, y que, finalmente, otro soldado se interpuso y declaró honradamente que había visto cómo un compañero depositaba allí el artefacto; esto salvó la vida al alemán. En las ciudades, los preludios de ataques contra los alemanes coincidían con que, de repente, surgía un disparo de la rugiente aglomeración humana y en un abrir y cerrar de ojos resonaban en la calle gritos de "¡Los alemanes han disparado!" "¡A la calle con ellos!" "¡Matad a los «Niemcy», los «Szwaby», los cerdos, los espías!" Contra su propia convicción y sin asomo de justificación, los alemanes eran acusados de haber disparado. Esto daba pretexto a los soldados polacos para matarlos a tiros, de acuerdo con el fin perseguido por los bandidos y señalado por el odio contra los alemanes, de aniquilar a todos éstos.

¡La multitud rugiente atacaba ahora ciegamente, entre salvajes injurias; civiles de ambos sexos —y muchas veces precedidos por fanatizadas mujeres— indicaban a los soldados forasteros las viviendas donde habitaban alemanes, los soldados irrumpían allí y los acuchillaban o mataban a tiros; fueron asesinados con preferencia los alemanes varones, sin distinción de edades, desde los adolescentes hasta los lactantes de dos meses y medio. Si fueron inmolados en primer término los hombres capaces de defenderse y en especial muchos de 16 a 25 años, tampoco se retrocedió ante las mujeres y muchachas alemanas y las esquelas mortuorias aparecidas muchas semanas después de los acontecimientos sangrientos en la "Deutsche

Rundschau", de Bromberg, en el "Posener Tageblatt" ofrecían un estremecedor panorama de cómo la mano criminal polaca llevó la muerte a hombres y mujeres, ancianos, inválidos, enfermos y niños, que, además, en su mayor parte, fueron mutilados horrorosamente, despojados y desvalijados. La clase de las lesiones (tiros en la nuca; punciones en la órbita del ojo; destrucción de la cubierta craneana a culatazos, con proyección de la masa encefálica; tiros verticales en la cabeza, de arriba abajo, sobre el cráneo, y otras) es extrañamente similar en los diversos lugares de crímenes, lo que permite deducir de este estado de cosas, así como de la simultaneidad y uniformidad en los excesos contra los miembros de la minoría germana, la organización centralizada de las matanzas de alemanes; en todo caso, los dictámenes forenses sobre centenares de asesinatos investigados, revelan una extraña analogía en las heridas mortales. Alguno debe su vida a la presencia de ánimo, pues se fingió muerto; alguno al azar, pues los tiros, culatazos y bayonetazos no hirieron órganos vitales.

Las detenciones en masa y evacuaciones, las sevicias y asesinatos de alemanes se han comprobado en todas partes de Polonia donde vivían miembros de la minoría germana, entre otras, con excepción de Varsovia, en el país de Chelm, en Wolhynia y en Wilna; alcanzaron desusadas proporciones allí donde la población germana era comparativamente más nutrida y no pudo realizarse ordenada y sistemáticamente la evacuación, a consecuencia del fulminante avance de las tropas alemanas. Los cruentos excesos de soldados y civiles fueron peores allí donde la instigación de muchos años había envenenado con más fuerza el lábil alma polaca y, a consecuencia del alto porcentaje de alemanes en la población, se había excitado hasta la exasperación la pasión política de los polacos. Así se explica que las colonias alemanas de la región posnana, sobre todo, los pueblos agrarios exclusiva o predominantemente germanos de la hondanada del Vístula y, en especial, la ciudad y la comarca de Bromberg, con su crecida población alemana, fuesen inundados por la ola asesina de la sed polaca de sangre, que arrasó aldeas enteras y familias completas. Las peores persecuciones de alemanes se llevaron a cabo, principalmente, del 31 de agosto al 6 de septiembre de 1939, alcanzaron su apogeo el 3 de septiembre, en Bromberg, en el domingo sangriento, y terminaron del 17 al 18 con la liberación de los evacuados, ante Lowitsch, por las tropas del Reich. Los alemanes, en su mayor parte, fueron acarreados en grupos, conducidos con escolta y degollados, en